

Script Ready	/ /	AR
Recorded	/ /	SM
Edited	/ /	
Checked	/ /	
Corrected	/ /	
Mastered	/ /	

PROGRAMA No. 0164

LEVÍTICO

Capítulo 11:1 - 12

Continuamos hoy, amigo oyente, nuestro recorrido por el libro de Levítico. En nuestro programa anterior, dimos una introducción, algo larga por cierto, a este capítulo 11 que vamos a estudiar hoy, pero que creímos era de suma importancia el conocer algunos de los antecedentes en el estudio de este capítulo. Comenzaremos, pues, hoy considerando el primer aspecto dentro del tema de este capítulo 11, que es “el alimento del pueblo de Dios”. El primer aspecto en consideración es las reglas sobre los animales limpios e inmundos sobre la tierra. Leamos los primeros dos versículos de este capítulo 11:

¹Habló Jehová a Moisés y a Aarón, diciéndoles: ²Hablad a los hijos de Israel y decidles: Estos son los animales que comeréis de entre todos los animales que hay sobre la tierra. (Lev. 11:1-2)

Amigo oyente, Dios hace una demarcación exacta entre la luz y las tinieblas, la noche y el día, lo negro y lo blanco, lo bueno y lo malo, lo limpio y lo inmundo. Y aquí Dios establece claramente la línea divisoria entre lo apto para el alimento y lo inmundo. Su propósito es agudizar el proceso discriminatorio del hombre para que sea sensible a estas distinciones hechas por Dios. Dios quiere que el hombre ame lo bueno y aborrezca lo malo. El hombre trata de poner todo lo de su vida en la zona de color gris de la amoralidad. Dios hace estas distinciones para guiar al hombre al altar y a la sangre derramada de Cristo para ser limpiado y para recibir el perdón.

Dios hace los reglamentos. Alguien preguntará: “¿Cómo se sabe lo que es bueno?” La respuesta es que lo bueno es lo que Dios dice que es bueno. Este es el universo de Él. ¿Conoce

usted algunos reglamentos que sean mejores que los que Él ha dado? Dios ha dado los reglamentos para la esfera física. ¿Quiere usted desafiar la ley de la gravedad y alejarse de la tierra? Es verdad que el hombre ya lo ha tratado en sus viajes al espacio, pero le ha costado millones de dólares hacerlo. Pero aún estos viajes espaciales no constituyen un verdadero desafío al principio de la gravedad, sino que más bien lo toman muy en cuenta en todos sus cálculos.

Amigo oyente, Dios se mueve en la esfera de la vida diaria y nada es más cercano a esta esfera que lo que come el hombre. Dios declara que ciertas cosas son limpias y que ciertas cosas son inmundas. El hombre tiene que recordar que vive en un mundo donde el pecado abunda. Tiene que aprender a escoger lo bueno y a evitar lo malo.

La distinción dada aquí es de carácter moral, y sin embargo, las criaturas limpias también eran saludables y proveían la mejor alimentación para el cuerpo. En realidad, la distinción entre los animales limpios e inmundos es más antigua que la economía mosaica, y sabemos que Noé reconoció tal división. Leamos, por ejemplo, el versículo 2 del capítulo 7 de Génesis, para refrescar nuestra memoria; dice allí, hablando Dios: *“De todo animal limpio tomarás siete parejas, macho y su hembra; mas de los animales que no son limpios, una pareja, el macho y su hembra”*.

Ahora, es interesante notar que por lo general, la manera de seleccionar los animales, los peces y las aves que son comestibles, es aquí similar a las normas del hombre civilizado del presente día. Y creemos que eso no es por mera casualidad, pues fue Dios quien hizo la distinción en aquel día. Y así también hoy en día hay ciertos animales que usted querrá comer, y hay aquellos que no deseará comer. Otra cosa que debemos notar es que ciertos animales eran probablemente saludables en aquella tierra y en aquel día, lo que posiblemente no sea aplicable en otros lugares y en otros tiempos. Y lo cierto es que hoy en día no tenemos ningún mandamiento en cuanto a animales limpios e inmundos para nuestro alimento. El hecho que comamos o no, la carne de cierto animal, no nos encomendará a Dios hoy en día. Lo importante es que hay grandes principios morales involucrados en las enseñanzas de este capítulo. El hombre vive en un mundo de pecado y Dios requiere que lo reconozcamos. El hombre caído

fuera de Edén todavía tiene un árbol del cual Dios dice que no debe comer. Por eso creemos que el objetivo moral es el principal aquí. Usted recordará que cuando el Apóstol Pedro vio descender el lienzo con todo tipo de animales y aves, allá en el libro de los Hechos, capítulo 10, versículos 11 al 15, no quiso comer cuando Dios le mandó que comiera. Dios luego le dijo: *“Lo que Dios limpió, no lo llames tú común”*. En otras palabras, es Dios quien da los reglamentos, y esta sí que es una gran lección moral. Dios da los reglamentos y el hombre debe hacer sus decisiones conforme a los reglamentos de Dios. Notemos ahora el versículo 3 de este capítulo 11 de Levítico:

***³De entre los animales, todo el que tiene pezuña hendida y que rumia, éste comeréis.
(Lev. 11:3)***

Tenemos aquí el reglamento que tenía que seguirse para determinar cuáles animales podían comerse. Este reglamento fue repetido en Deuteronomio, capítulo 14, versículo 6, donde dice: *“Y todo animal de pezuñas, que tiene hendidura de dos uñas, y que rumiare entre los animales, ese podréis comer”*. Esta lista incluye el buey, la oveja, la cabra, el ciervo, la gacela, el corzo, la cabra montés, el íbice, el antílope, y el carnero montés, animales que eran comunes a aquellos alrededores.

En Levítico, se da el principio y el reglamento con muy pocos ejemplos, y los que se mencionan son únicamente los inmundos. En Deuteronomio, en cambio, el principio y el reglamento son apenas mencionados mientras que se da una lista extensa de los animales limpios. En otras palabras, en Levítico se acentúa lo negativo, mientras que Deuteronomio acentúa lo positivo.

En Levítico, la división entre animales limpios e inmundos se hace en forma muy clara aunque no es un nuevo mandamiento. La distinción no sigue ninguna división que podríamos llamar científica o biológica; ni era este su propósito, sino sólo el de resguardar la salud. Tampoco hay relación entre esta división y las de algunas naciones paganas, como, por ejemplo, Persia, donde se atribuía la creación de ciertos animales a un buen Dios, mientras que otros animales eran supuestamente el producto de un dios malo. El hecho es que Dios creó todos los

animales. La distinción tampoco se hizo a base de la naturaleza del animal, si simbolizaba algún pecado o alguna virtud. El león, por ejemplo, fue clasificado como inmundo, pero el mismo animal simboliza al Señor Jesucristo, y es también el símbolo de la tribu de Judá. Por eso mismo a Cristo se le llama el “León de la tribu de Judá”.

No hay ninguna relación misteriosa entre el alma y el cuerpo, como uno la encuentra en algunos cultos paganos; y aún en ciertas sectas hoy en día. La naturaleza del animal no puede ser transferida a la persona que lo come. Eso es pura tontería y superstición. Hay algunos vegetarianos que creen que uno se puede volver una persona cruel simplemente comiendo la carne de animales. Bueno, hemos conocido a ciertos vegetarianos cuya consideración por otros deja mucho que desear. Amigo oyente, permítanos decir que tales ideas son absurdas.

Para Israel, el objetivo de esta distinción entre los animales limpios y los inmundos era parte del plan de Dios para mantenerles separados o aparte de todas las naciones. Aún hoy en día hay alimentos preparados de acuerdo con el ritual judío. Al pueblo judío se le recordaba constantemente que vivía en un mundo donde era necesario hacer selecciones.

Para el creyente en Cristo de hoy en día, en todo esto hay ciertas aplicaciones espirituales. Ya hemos indicado que no hay ningún mérito que se pueda obtener por la observación de ciertos ritos en cuanto a la carne de que uno se alimente. Pues bien, al hacer la aplicación espiritual de estos reglamentos dados al pueblo hebreo, notamos en primer lugar que se requería que el animal tuviese pezuña, lo que significa separación en el andar del Cristiano; y luego que el animal tenía que ser rumiante, lo que señala la masticación de la Palabra de Dios que debe practicar todo cristiano. Y esto es exactamente lo que dice el original hebreo en el Salmo 1, versículo 2, donde leemos: *“en la ley de Jehová está su delicia, Y en su ley medita de día y de noche”*. Esta palabra “meditar” aquí, es la misma palabra que en otros pasajes se traduce como “rumiar”, y significa que el creyente en Cristo debe no solamente leer las Sagradas Escrituras, sino que debe meditar, o “rumiar” si prefiere, sobre su significado a través del correr del día. En cuanto al animal con pezuña, como lo dijimos, la fisura o división en sus cascos es un símbolo de la separación que debe caracterizar al caminar diario del creyente en Cristo. Es interesante notar que el hombre natural es “inmundo” según estos reglamentos, pues no tiene pezuña, ni es animal rumiante;

pero, gracias a Dios que hemos recibido Su provisión para obtener la limpieza espiritual por la meditación en Su Palabra y el caminar separado del mundo. El Apóstol Pablo en su carta a los Efesios, capítulo 4, versículo 1, dice: *“Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados”*. Y luego, en el capítulo 5 de la misma carta, versículos 2 y 15, dice: *“Y andad en amor, como también Cristo nos amó. . . Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios”*.

Hay una relación íntima entre el estudio de la Palabra de Dios y el caminar del creyente. El Apóstol Pablo, escribiendo su segunda carta al joven Timoteo, le dice en el capítulo 3, versículos 14 y 15: *“Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús”*. También Santiago, en su carta, capítulo 1, versículo 22, nos dice: *“Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos”*.

Amigo oyente, el caminar del creyente tiene que estar ligado a la Palabra de Dios. Si usted quiere caminar por este mundo, tendrá que rumiar o meditar en la Palabra de Dios, y tendrá que tener aquel caminar separado que sólo la Palabra de Dios puede producir. El creyente que estudia la Biblia y que pone por obra las enseñanzas de la Palabra de Dios es el que se identifica como hijo de Dios por medio de sus obras y por su caminar. Leamos ahora, los versículos 4 al 8 de Levítico 11:

⁴Pero de los que rumian o que tienen pezuña, no comeréis éstos: el camello, porque rumia pero no tiene pezuña hendida, lo tendréis por inmundo. ⁵También el conejo, porque rumia, pero no tiene pezuña, lo tendréis por inmundo. ⁶Asimismo la liebre, porque rumia, pero no tiene pezuña, la tendréis por inmunda. ⁷También el cerdo, porque tiene pezuñas, y es de pezuñas hendidas, pero no rumia, lo tendréis por inmundo. ⁸De la carne de ellos no comeréis, ni tocaréis su cuerpo muerto; los tendréis por inmundos. (Lev. 11:4-8)

Esta es una lista extensa de los animales que son inmundos. Evidentemente había surgido algunas preguntas en cuanto a estos animales. Sólo los animales que comen vegetales, rumian; lo que eliminó a los animales carnívoros. Pero el hecho de rumiar no era suficiente por si sólo para declarar limpio a un animal, ni tampoco lo era el de tener pezuña. El animal limpio tenía que reunir ambas características, es decir, tener pezuña hendida y rumiar. Veamos ahora a los animales que fueron declarados inmundos para el pueblo hebreo:

En primer lugar, tenemos el camello. Dios amonestó en cuanto a comer carne de camello. La reacción quizá será: “Pues, ¿quién querrá comerlo?”. Pero, ¿no cree usted, amigo oyente, que esto añade una nota de humor a las palabras de nuestro Señor Jesucristo, cuando acusó a los fariseos de colar el mosquito y tragar el camello? Realmente, Él les estaba diciendo que estaban comiendo carne inmunda. El camello no sólo era “incomible”, sino también un animal inmundo.

Tenemos luego, el conejo y la liebre. Y es muy interesante notar que hoy en día hay quienes ponen un gran énfasis sobre el hecho de que no se debe comer carne de cerdo, pero nunca les oímos mencionar que no se debe comer conejo o liebre. Y esto, a pesar de que son mencionados en esta lista, antes que los cerdos.

Viene luego, el cerdo. El cerdo tiene pezuñas, pero no rumia. A veces el cerdo da la impresión de que está rumiando, pero lo que pasa es que come constantemente. Es interesante notar que la carne de cerdo aún en nuestros días, es considerada como una carne que es difícil de digerir. Y que es necesario tomar precauciones sanitarias especiales en su preparación. Los cerdos fueron declarados animales inmundos para el pueblo hebreo debido a su manera de comer. Pero para el creyente hoy en día, no hay ninguna prohibición en cuanto al consumo de estos animales.

Al israelita le fue prohibido además tener contacto alguno con los cadáveres de estos animales inmundos. Creemos que las implicaciones espirituales de esta prohibición son obvias. Y pasamos ahora al siguiente aspecto en consideración en este capítulo 11 de Levítico. Este aspecto es los reglamentos en cuanto a las criaturas limpias e inmundas en las aguas. Leamos los versículos 9 hasta el 12, de Levítico capítulo 11:

⁹Esto comeréis de todos los animales que viven en las aguas: todos los que tienen aletas y escamas en las aguas del mar, y en los ríos, estos comeréis. ¹⁰Pero todos los que no tienen aletas ni escamas en el mar y en los ríos, así de todo lo que se mueve como de toda cosa viviente que está en las aguas, los tendréis en abominación. ¹¹Os serán, pues, abominación; de su carne no comeréis, y abominaréis sus cuerpos muertos. ¹²Todo lo que no tuviere aletas y escamas en las aguas, lo tendréis en abominación. (Lev. 11:9-12)

Hay una distinción aquí tan clara como la que se estableció entre los animales sobre la tierra. Para ser limpios, los peces tienen que ser caracterizados por dos marcas visibles: las aletas y las escamas. Este reglamento se aplicaba tanto a los peces de agua salada como a los de agua dulce; pero era prohibido comer las criaturas que caminaban o se arrastraban en las aguas, lo cual elimina un gran segmento de las criaturas marinas. Notemos que ningún ejemplo específico se da aquí de peces limpios o inmundos, probablemente porque la distinción es bien definida.

Bien, amigo oyente, nuestro tiempo se ha agotado, así es que tenemos que detenernos. Continuaremos, Dios mediante, en nuestro próximo programa. Mientras tanto, le sugerimos dar lectura a los siguientes versículos de este capítulo 11 de Levítico, lo que le permitirá estar al tanto de su contenido cuando reiniciemos este estudio en nuestro próximo programa. Tenemos además para ayudarle en su estudio de la Palabra de Dios, las notas y bosquejos que deseamos enviárselas sin costo alguno para usted. Solicite este material escribiendo con toda claridad sus datos personales, es decir, su nombre y dirección completos y en orden. Hacerlo de esta forma nos permitirá enviarle sin contratiempos a su dirección las notas y bosquejos, oferta de este programa. Esperamos, pues, recibir su carta muy pronto. Será, entonces, Dios mediante, hasta nuestro próximo programa, es nuestra oración ¡que Dios le bendiga copiosamente!